

la injusticia y la ingratitud de sus hijos extraviados. La justicia de Dios habia pedido víctimas, y esas víctimas fueron inmoladas. Un obispo que muere en las playas de Marsella y otro que exhala su postrer aliento en el territorio de Venezuela, ¿no eran acaso las mas hermosas y estimables que pudieran ofrecerse?

« La salud ha venido de nuestros enemigos, » ha repetido mil veces la Iglesia católica cantando sus victorias y narrando sus triunfos, y las diócesis neo-granadinas respiraron con libertad cuando el congreso, rompiendo su fe, despues de haber empobrecido á la Iglesia despojándola de sus bienes, la emancipó, es decir, la dejó sin arbitrios para sostener sus ministros y su culto, negándola su proteccion para el porvenir. Pero esa proteccion para las iglesias de la Nueva Granada equivalia á la dictadura, y por consiguiente, léjos de serle provechosa, le era injuriosa é insoportable. La Iglesia fué abandonada á sus propios arbitrios; sus enemigos la contemplaron moribunda mendigar del gobierno nuevamente su amparo, y saborearon el placer que les causaria imponerla nuevas leyes que la habian de reducir á una esclavitud mas vergonzosa todavia. Pero este caso no llegó, y el triunfo de la Iglesia se realizó por la accion misma de sus enemigos.



CAPÍTULO XVIII

Reaccion favorable á la Iglesia. — Los obispos gobiernan libremente sus diócesis. — La Santa Sede en posesion de sus derechos para instituir obispos. — Los delegados apostólicos. — Reaccion en los seminarios. — Reaccion en la juventud. — Sociedades católicas. — Reaccion en los estudios eclesiásticos. — El espíritu de caridad se propaga. — Señoras hospitalarias. — Conducta de la prensa socialista á este respecto.

« La Iglesia pide libertad, nada quiere sino esa libertad, y para alcanzarla no ahorrará sacrificios de ningun género por penosos que le sean. » Cuando los obispos de Alemania hacian oír á los soberanos de Europa esta demanda tan justa de los católicos (1), los diocesanos de la Nueva Granada hablaban al gobierno de la república de la misma manera y batallaban por la misma causa, aunque con resultados muy diversos. Allá, bajo gobiernos monárquicos, fué acordado á los obispos un ensanche de libertad, miéntras que en Nueva Granada sus justas reclamaciones fueron llamadas sediciosas, y revolucionarias sus

(1) Año de 1848.

respetuosas protestas. Allá se restituyó á la Iglesia la libertad que Dios le concedió al instituir-la, sin menoscabar la proteccion que le acordaron en los siglos mas remotos del cristianismo gobiernos piadosos y benéficos; acá la Iglesia fué emancipada de la opresion en que se la retenia, pero privándola de los bienes con que la enriquecieron sus hijos generosos y de los elementos que para su sosten la dieron sus mismas leyes, mandadas observar por cien reyes en una sucesion de muchos siglos. Se la emancipaba, lo repetimos, pero del mismo modo que el señor que pone en medio de la calle á su esclava despues de apropiarse los ricos presentes que á esta hicieron durante su cautiverio; y se la emancipaba, diremos aun, porque se creía que el hambre y la desnudez la harian volver á la prision y someterse de grado á las cadenas. « ¿Mas por qué blasfeman las gentes y los pueblos meditan vanidades? Aquel que reina sobre los cielos burlará su insensatez; su mirada trastornará sus planes, y á su voluntad se moverá el orbe para combatir la necia temeridad de sus enemigos. » Esta promesa, hecha por el Verbo eterno ántes de todos los siglos, es el dote que asegura á la religion católica su existencia independiente y libre del poder humano hasta la consumacion de los tiempos, y es la que se realizó en Nueva Granada. Porque la Iglesia, reducida á la mendicidad, pero libre de las trabas que la ponian sin cesar sus tutores y patronos, vió multiplicarse sus medios de accion á medida que era mas libre, y aumentarse tambien la fe de sus creyentes en proporcion de la mayor independenciam del poder de la tierra con que podía desempeñar su augusto minis-

terio. Una reaccion favorable á los intereses católicos se ha dejado sentir en todas las ciudades de la Nueva Granada, y sus efectos principian á experimentarse en ese movimiento que acerca los fieles á su pastor, haciendo que los creyentes estudien la religion desde sus fundamentos y llenen con fervoroso entusiasmo los deberes que ella impone.

Una Iglesia esclava hacia la situacion de los obispos semejante á la de cualquier funcionario público que se apresura á cumplir las órdenes que recibe de sus jefes. Las visitas diocesanas, la institucion de párrocos, el nombramiento de capitulares y todos los demas actos que poco ántes no podian los diocesanos ejercer sin dar cuenta al poder ejecutivo, los desempeñaron desde entónces sin traba de algun género y de la manera que Jesucristo encargó á los primeros obispos del cristianismo cuando les dijo : « Del mismo modo que me envié mi Padre, así yo envío á vosotros. » Cuando á título de protectores, los mandatarios de las provincias disponian á su albedrío de los puestos de la Iglesia, de sus beneficios y aun de sus productos; cuando los ciudadanos veian dia por dia á los prelados llegar á las puertas del mandatario para pedir de un modo suplicante se les diese por gracia lo que se les retenia con enorme injusticia, entónces, decimos, contemplaban á la Iglesia cautiva, sin dignidad y cargada de las cadenas con que la humilla la injusticia humana. Mas despues ella dispuso libremente de sus actos, y llena de nobleza y dignidad obró en armonia con la doctrina de aquel que escribió á los obispos : « Reconvenid con imperio, increpad con

energía, obrad con valor, sabed que no nos dió el Señor espíritu de temor sino de fortaleza y de caridad. »

El Pastor de los pastores, el Obispo de los obispos, desde la eminencia del Vaticano fijaba su mirada paternal sobre esta porcion amada de su grey y la consolaba dándola pastores que la gobernasen segun el espíritu de Dios manifesto en los sagrados cánones. Las prolongadas vacantes que matan la disciplina de las diócesis quedaron suprimidas, el clero fué sometido únicamente á sus prelados y la subordinacion al Pontífice de la Iglesia universal reconocida, no de una manera nominal, sino verdadera y positiva, por todos los que administran las cosas santas. Al papa le fué dicho en la persona de San Pedro que apacentase el rebaño de los fieles que compró Jesucristo con su sangre; mas los supuestos patronos de la Iglesia quisieron constituirse en intermediarios de ese derecho divino que asiste al sucesor del Príncipe de los apóstoles y defraudarle de ese modo una de sus mas augustas prerogativas. Emancipada la Iglesia, todas las trabas cayeron y la comunicacion de los obispos con el Sumo Pontífice quedó libre, como debe serlo para que el uno y los otros puedan llenar su ministerio.

Bogotá era desde mucho tiempo atras residencia de un delegado de la Santa Sede, y los neo-granadinos habian tenido ocasion de conocer, no solamente la solicitud y el celo con que Roma procura el bien de las iglesias, sino tambien la hidalguía de sus representantes cuya casa daba asilo á los hombres de todos los partidos políticos en circunstancias aciagas; habian admirado la prudencia, el tino y la sabiduría con que se condujeron en los

tiempos difíciles que atravesaron aquellas iglesias, y cuando calmó la tempestad que amenazó hundir á estas en el piélago profundo del cisma, de la indiferencia y del libertinaje, admiraron tambien al jóven y noble prelado que, promovido por el Sumo Pontífice á la delegacion apostólica de Bogotá, aplicó su cuidado á medicinar las llagas que la revolucion infirió á las iglesias, con celo y sabiduría tales que harán perpetuamente su mejor elogio y honrarán á Roma cuyos derechos representa.

Quien lea atentamente nuestras observaciones, mas de una vez habrá conocido cuán hondas heridas habia recibido el sacerdocio en la Nueva Granada, y cuán prontas y eficaces medidas exigia su curacion. Por eso, uno de los primeros cuidados de los obispos fué establecer seminarios para la educacion del clero y establecer tambien su regimen bajo la disciplina que encargan las leyes de la Iglesia. En Bogotá, en Pamplona, en Popayan, en Antioquia y en Panamá emprendieron esa noble tarea haciendo toda suerte de sacrificios y venciendo mil obstáculos poderosos. Empero, nunca brilla con tanto esplendor la virtud de los obispos como cuando en el ejercicio de su ministerio pastoral vencen grandes dificultades, haciendo sacrificios todavia mayores, y de esta naturaleza son los que realizaron y aun realizan aquellos prelados. No olvidaré que he visto al obispo de Popayan dando lecciones á los niños de su seminario, y al de Panamá haciendo escuela á sus jóvenes levitas.

Pero no es en los seminarios solamente donde bajo la disciplina de los obispos se despierta y se propaga el amor por el estudio de la religion y de las ciencias ecle-

siásticas; todos los buenos católicos han llegado á persuadirse de que en un siglo de controversia y discusión les es indispensable vivir preparados para los ataques de los enemigos de sus creencias. Sociedades religiosas han nacido en el seno de la Nueva Granada, hijas de ese espíritu fecundo que anima á los católicos para procurar el bien de sus semejantes en todas partes. No debemos pasar en silencio cuán grande porvenir preparan á la religion y á la república estas asociaciones, desarrollando con celo ardiente los buenos principios y la doctrina pura especialmente entre los jóvenes. Conocemos las bases de la academia católica de Bogotá, hemos tenido ocasion de ver tambien algunos de sus trabajos y podemos con razon esperar que, bajo la direccion inmediata del metropolitano como se encuentra colocada, logrará su objeto de « propagar el estudio serio y detenido de la religion católica. » Hoy, cuando tanto encarecen algunos individuos su amor á la verdad y el ardiente entusiasmo con que dicen buscarla, los vemos desdeñando el estudio sencillo de los fundamentos del dogma católico y queriendo hallar esa verdad en las argucias, errores y sofismas que publicaron sus enemigos; hacen como el hombre que deseando conservar su vida se coloca en medio de los que combaten furiosamente en un campo de batalla. Un libro católico, por el hecho mismo de pertenecer á esta creencia, tendrá para esos hombres el apodo de preocupado y será excluido de su lectura, miéntras que recibirán con entusiasmo loco las producciones de peor carácter, solo porque combaten los principios del culto católico. No tiene buena fe quien procede de esta manera, y entre los

grandes males que á la sociedad pueden afligir, uno de los mas graves es indudablemente el alejamiento de la verdad que sufren aquellos de sus miembros que observan tan extraviada conducta. La academia católica de Bogotá cuenta entre sus ejercicios una conferencia pública semanal, en la que uno de sus asociados hace una disertacion sobre el punto que le ha sido señalado por el consejo de la misma corporacion; tambien promueve la instruccion religiosa en las escuelas y la propagacion de los buenos libros. El clero se ha unido por su parte á este movimiento, y Bogotá es testigo del empeño con que han procurado algunos eclesiásticos restablecer el estudio profundo de la teología, tal como se hizo en otra época en las universidades y en los seminarios de Nueva Granada. El gobierno rojo dió á todos los ramos del saber un golpe mortal suprimiendo la enseñanza pública, cerrando las universidades, borrando los grados académicos y declarando que cualquier individuo es hábil para desempeñar los cargos de médico, de abogado y los demas que por las leyes requieren en todas partes estudios preparatorios. Faltó entónces en unos la necesidad de estudiar, en otros el estímulo conveniente, y las consecuencias del mal fueron la ignorancia y el desórden. Las naciones mas republicanas han conservado los grados literarios y las academias públicas; los Estados Unidos de la América del Norte se glorian en sus universidades de Georges Town, New York, Baltimore, Boston y en otras que producen sus reputaciones mas célebres en medicina, en jurisprudencia, en matemáticas y en todos los otros ramos del saber humano; mas en la Nueva Granada se

ha obrado de un modo diverso, se ha suprimido todo lo que pudiese contribuir al desarrollo y á la elevacion de la inteligencia, se ha condenado á morir todo lo que despertaba en la juventud el amor á las ciencias y se ha desterrado esa noble emulacion que produce y forma en todas partes hombres sobresalientes. A tales medidas desorganizadoras se debe en gran parte el triste aspecto que ofrecen tantos individuos de la juventud granadina, ese orgullo desmedido que no respeta ni aun la superioridad natural, ese egoísmo presuntuoso que no permite ver nada grande ni nada noble fuera de sí mismo, ni en nadie encuentra sabiduría sino en sus propias opiniones. El estudio de la religion no puede conformarse jamas con estas preocupaciones que ajan al hombre y le impiden recoger todo el fruto que encierran los bienes que la Providencia pone á su disposicion; ni puede conformarse con el orgullo de ese hombre que guiado por su petulancia niega lo que no comprende y rechaza cuanto le demuestra que su razon es pobre y su inteligencia sumamente limitada.

A la sombra de la reaccion católica principia á brotar y á desarrollarse igualmente el espíritu de caridad que inspira la religion de Jesucristo. En Bogotá hemos visto señoras distinguidas consagrarse con abnegacion admirable al servicio de los enfermos y asistir los hospitales con el mismo fervor que lo habrian hecho personas ligadas con un voto á practicar este deber. En el hospital de San Juan de Dios han formado una especie de congregacion y viven en forma de comunidad religiosa, emulando unas á las otras en caridad, en constancia y grandeza

de espíritu. ¡Cosa admirable! Mientras las ideas desquiciadoras, anticatólicas y perversas que propagan los rojos introducian en las familias de Bogotá que las aceptaban la disipacion, el ocio y en no pocas vicios mas degradantes todavia, el espíritu católico hacia nacer obras tan bellas como la asociacion de Señoras hospitalarias. En vez de licencia inspiraba moralidad, en vez de formar incrédulos hacia conocer prácticamente las ventajas de la fe, y en vez de arruinar la moral con el espectáculo de los vicios triunfantes y aplaudidos por la muchedumbre de corrompidos é inmorales, ofrecia asilo á la adversidad, á la indigencia y al dolor. Se ha visto en Bogotá ese mismo espectáculo grandioso que la religion ha presentado en Francia, España, Inglaterra y Alemania, cuando conmovidos y luchando los elementos de mal y prevaleciendo momentáneamente sobre las leyes, el orden y la moral perseguida, esa religion, humillada y moribunda, arbitraba todavia remedios para reparar los infinitos males que en la sociedad causaban la revolucion y los trastornos. Las hermanas de la Caridad, de la Providencia, de San José, del Buen Pastor y muchas otras que vió aparecer la Europa, corresponden á otras tantas necesidades que sintió la república cristiana agobiada por infinitas miserias que le acarrearban los trastornos sociales. No de otro modo aconteció en Bogotá: cuando unos pocos hombres sin religion, apoderados del gobierno, se empeñaban en pervertir la fe, la moral y todo cuanto recuerda al hombre sobre la tierra su noble é inmortal destino, y cuando una prensa impía y licenciosa derramaba su veneno sobre las llagas abiertas en la sociedad

durante diez años de persecucion á la Iglesia y á la fe que profesa la nacion, aquellas nobles matronas, animadas por la religion, ofrecian á la sociedad el espectáculo mas consolador, mas edificante y mas hermoso que puede presenciarse alguna vez.

¿Pero qué opinion formaban los rojos, los liberales y los gólgotas de aquella santa y caritativa sociedad? Esa prensa que habia elevado hasta los cielos á la protestante Neittingale, porque fué de Inglaterra á Crimea para curar á los enfermos del ejército inglés; esa prensa que negaba en ese mismo tiempo un lugar en sus columnas á los rasgos de caridad heróica que ejecutaban en el ejército frances las hermanas de la Caridad, los PP. jesuitas y dominicanos franceses; esa prensa, decimos, si alguna vez se ocupó de la asociacion de las Hospitalarias, fué para derramar sátiras punzantes sobre el celibato y para atacar la mas hermosa de las virtudes que aconseja el Evangelio y profesan todas las comunidades religiosas en el seno del catolicismo. ¡En aquella dama inglesa elogiaba el desprendimiento, el celo y la abnegacion que no queria ver en otras que tienen voto de castidad! Y sin embargo, ¿á qué han venido á nuestro campamento? decian los oficiales ingleses viendo á la Neittingale y á sus compañeras. « Aquella, enferma casi siempre, nunca abandonaba su cama; el frio y el calor la abrumaban, y toda su caridad se reducía á dar órdenes á sus compañeras ó camareras para visitar á los oficiales y á otras personas de graduacion que se encontraban enfermas. » No deprimimos nosotros el mérito de nadie, copiando de un diario inglés protestante aquellas palabras. Miétras

tanto, ¿qué decian aquellos mismos de las hermanas de la Caridad? « Estos ángeles de paz nos consuelan y se convierten en todo para cada uno de nosotros; no descansan, viven en continuo movimiento y ninguno habrá que las haya oido quejarse de la fatiga, del frio ó del calor. » Los diarios de Europa publicaban todo esto, y el *Times* de Londres, el diario jefe del protestantismo inglés, confesaba en estas circunstancias la infinita superioridad de las instituciones de caridad católicas sobre las protestantes; la prensa liberal de Bogotá debió ver todo eso, y sin embargo, nada publicó que pudiera ser favorable á los intereses católicos. ¿Y es este el amor á la verdad y la noble imparcialidad que debe caracterizar al escritor honrado?

